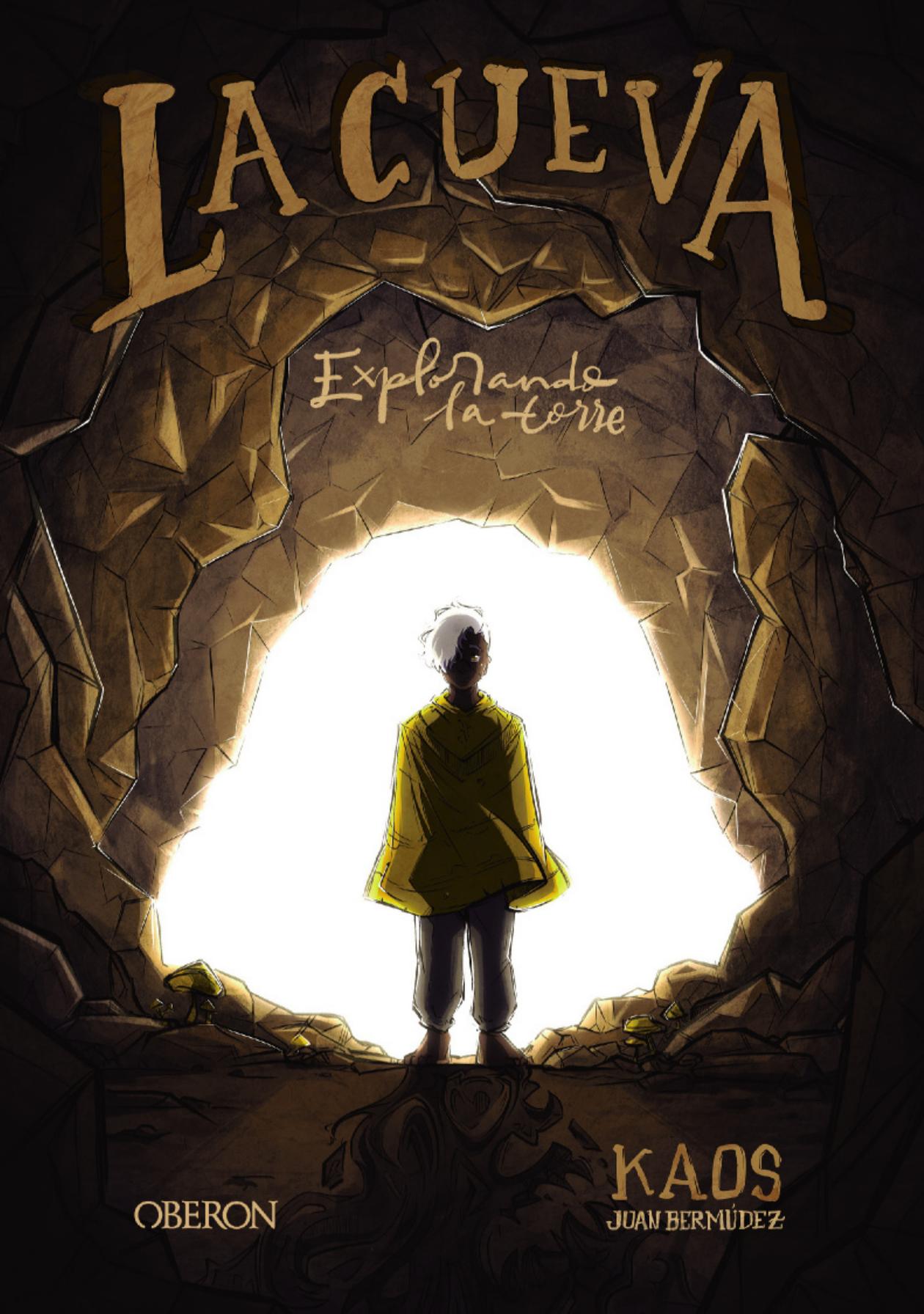


LA CUEVA

A child with white hair, wearing a yellow cape and dark pants, stands in the center of a cave entrance. The cave walls are dark and jagged, with a bright light shining from the opening behind the child. The child's shadow is cast on the ground in front of them. The overall style is that of a book cover or poster.

*Explorando
la tierra*

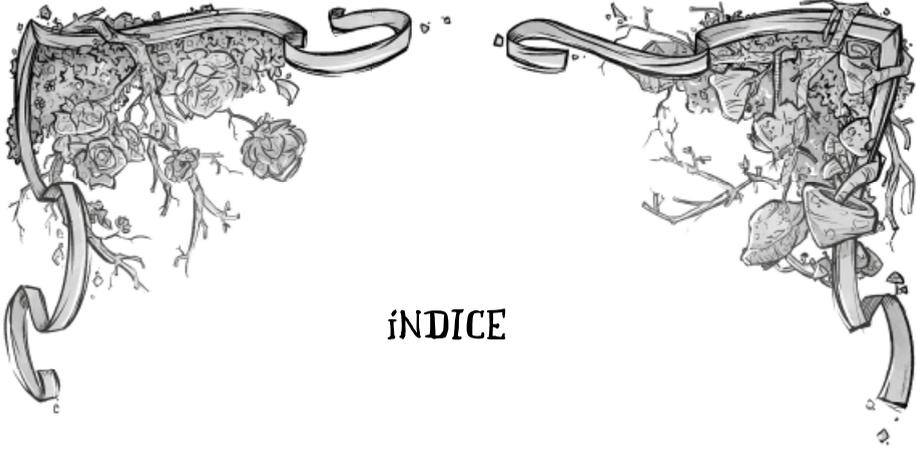
OBERON

KAOS
JUAN BERMÚDEZ

LA CUEVA

*Explorando
la tierra*

KAOS
JUAN BERMÚDEZ



ÍNDICE

Prólogo. La extranjera	9
Capítulo 1. La familia de Leo	20
Capítulo 2. La familia de Inés	31
Capítulo 3. El ermitaño	56
Capítulo 4. La fiesta de bienvenida	67
Capítulo 5. La exiliada	85
Capítulo 6. Atardecer	94
Capítulo 7. Anochecer	112
Capítulo 8. Amanecer	131
Capítulo 9. La verdad	140
Capítulo 10. La fiesta de despedida	148
Capítulo 11. El tren	162
Epílogo. La entrevista	179





PRÓLOGO
LA EXTRANJERA

Cova, año 5500.

El ser humano *es* un ser sociable. El verbo «ser» no da lugar a excepciones. Así que aquellos no sociables no son seres humanos. Serán otra cosa, ¿no?

Había tres preguntas que estaban en boca de todos los habitantes de Cova.

—¿Quién es?

—¿De dónde viene?

—¿Cómo ha llegado?

Ocurrió durante una hoguera. Habían encendido un enorme fuego y estaban bailando a su alrededor cuando la llegada de la extranjera sorprendió a todos los presentes.

Era una mujer grande. Bastante más alta que la media de allí. Tenía un aura amenazante, la piel oscura, el pelo despeinado completamente blanco y muchas manchas y rasguños por todas partes, lo cual no era de extrañar, pues hasta entonces nadie

había pensado que fuera posible llegar a Cova a pie atravesando las rocas punzantes y desérticas. Pero ella lo había hecho. Y nadie sabía cómo.

Cova era la decimocuarta planta de la Torre. Digo decimocuarta, aunque, en realidad, los habitantes de la Torre pensaban que su universo era infinito. Sin embargo, solo conocían veintiuna plantas y, de esas, Cova era la número catorce: una zona árida, con árboles de secano y rocas enormes llenas de agujeros (desde lejos parecería un queso emmental hecho de arcilla). Quizá vista desde fuera pudiera parecer que no tenía vida, pero si nos adentráramos en alguno de sus agujeros... encontraríamos colores, música y alegría. Y es que el interior de Cova estaba lleno de túneles que conectaban unas cuevas con otras, cada gruta tenía varios tragaluces y, dentro de cada cueva, vivía alguien.

La población no era demasiado grande. Unos cuantos miles de personas, como mucho. No puedo decir cuántos eran exactamente porque enumerar y organizar cosas no era algo que los habitantes de Cova acostumbraran a hacer. Para ellos, todo era cuestión de dejarse fluir, así que los comportamientos estrictos, lógicos o numerales eran, sencillamente, inexistentes. No seguían horarios ni reglas estrictas. Se limitaban a hacer las cosas cuando el cuerpo se lo pedía.

Eran una comunidad muy unida y pacífica, el tipo de personas místicas que creen en la reencarnación y en las energías que fluyen por todo lo existente y, lo no existente, también.

Por supuesto, todos se conocían en mayor o menor medida. Por eso, la llegada de aquella extranjera no fue algo que pasara desapercibido.

—Ha tenido que venir en la Serpiente de Metal —observaron algunos—. Es imposible que un ser humano pueda atravesar esas piedras.

—Dicen que tiene los ojos rojos.

—Yo he oído que no ha dicho ni una palabra desde que llegó.

—A lo mejor es muda.

—Lo único que ha comido han sido rocas.

—No inventes.

—Lo que ha comido es carne cruda.

—Qué embusteros.

—¿De qué planta creéis que ha venido?

—Me han dicho que se llama Kuyen.



No fueron pocos los que intentaron acercarse a ella. Le habían ofrecido comida y también la habían invitado a dormir en sus casas, pero todas las noches Kuyen desaparecía. Podían pasar varios días sin que nadie la viera. Se rumoreaba que vivía en las rocas deshabitadas, pero allí no había nada más que tierra. Ni un ápice de vida.

Con el tiempo, la gente de Cova dejó de preocuparse por ella y, simplemente, la dejaron estar. Solo hubo un hombre que no perdió la paciencia. Se llamaba Antu. Tenía poco más de veinte años, una barba prominente y unos ojos pequeños y de un característico color amarillo brillante.

Antu era muy popular. Tenía un montón de amigos y toda Cova le quería. Como todas las personas populares, era un tanto peculiar. Y estaba obsesionado con hacer de todo, nunca se negaba a ningún plan, porque quería ser el mejor en cualquier cosa. La realidad es que *nada* se le daba especialmente bien. Pero él nunca perdía el entusiasmo y seguía intentándolo. Alguien con esa energía no se iba a rendir ante la misteriosa extranjera.

Antu se paseaba día tras día por Cova en su búsqueda, hasta el punto de que sus mejores amigos comenzaron a preocuparse por él.

—Vamos a organizar una batucada en la cueva de Priego. ¿Te vienes? —le preguntó un día su amiga Moira, una mujer joven, más o menos de su edad.

—No puedo. Voy a dar una vuelta por las cuevas deshabitadas, a ver si encuentro a la forastera.

—¿Por qué estás tan obsesionao? ¿No será que te gusta? Es *muy* guapa.

—No tiene nada que ver con eso.

—¿Qué es, entonces?

—Que está sola. Deberíamos poder darle un espacio seguro donde se sienta cómoda.

—Está sola porque quiere, Antu. Deberías dejarla en paz. Si no quiere estar con nosotros, es su decisión. Respétala.

Para su sorpresa, Antu se quedó pensativo y, por un momento, Moira pensó que le había convencido. Pero entonces dijo:

—¡Voy a preguntárselo directamente!

Y, sacudiendo la mano, se alejó de las cuevas habitadas.

Moira le miró alejarse y murmuró:

—Tiene cabeza pa siete pescuezos este tío...

